INTRODUCCION A UNA HISTORIA PARTICULAR

POR

PEDRO LAIN ENTRALGO
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

Suelen llamar «historia particular» a la que no se refiere al conjunto de todos los hombres: historia de un país, de una ciudad, de una institución. ¿Por qué no llamar también así a la historia de una ciencia o de una técnica? La «historia particular» para la cual ha sido escrita esta «Introducción» es la del saber médico. Trátase de una lección elemental y escolar, muy AD USUM DELPHINI. *Quien haya dejado de ser* DELPHINUS *y no experimente curiosidad por el género de saber que esa condición humana requiere, hará bien no leyendo estas páginas.—P. L. E.*

«Una buena introducción debe ser, a la vez, la raíz cuadrada y el cuadrado de su libro.»
Fr. Schlegel: *Kritische Fragmente*, 8.

§ I. Según su actitud frente a lo que hacen, los hombres pueden ser auténticos y personales o gregarios y adocenados. Llamo «auténticos» a todos aquellos a quienes preocupa el sentido último de su acción, así para su propia persona, como para el ser del hombre, genéricamente considerado. En el atrio mismo de nuestro quehacer actual—enseñar, aprender historia de la medicina—tratemos de ser hombres auténticos, y preguntémonos autor y lector por el sentido que nuestra común tarea puede tener para el médico.

Los quehaceres del hombre fueron clasificados por Aristóteles en poéticos, prácticos y teoréticos. Aceptemos el proceder del Estagirita. Es *poético*, en el sentido griego del vocablo (de *póiesis*, «fabricación»), el quehacer en el cual la actividad humana tiene como fin una obra exterior al agente: así el oficio del médico, cuyas operaciones alcanzan su fin propio en la salud del enfermo. Cuando el fin de la actividad consiste en la actividad misma, el quehacer del hombre se

llama *práctico*. Tal es el caso de quien hace deporte por el placer de hacerlo, o el del político por vocación. La actividad práctica en sentido estricto (*práxis*) no tiene en sí misma su objeto: el deportista necesita del estadio, el político no lo es sin la ciudad. Mas no siempre acontece así. Hay una *práxis* suprema, en la cual la actividad del hombre tiene su objeto en sí misma: es el quehacer *teorético* o *contemplativo (theoría)*, en cualquiera de sus formas, matemática, física, filosófica o teológica. El hombre teorético sólo necesita de su propia mente—«Todo lo mío lo llevo conmigo», decía el sabio estoico—, y su exclusivo fin es el descubrimiento y la contemplación de la verdad.

Apliquemos esta doctrina a la historia del saber médico. ¿Cuál es el modo de la actividad en quien estudia historia de la medicina? El fin supremo del historiador es conocer y contemplar la verdad de lo que el hombre fué; su quehacer es teorético o contemplativo [1]. Pero el médico no aprende historia por ser o para ser historiador; la aprende en cuanto médico. Lo cual equivale a decir que el fin de su actividad discente puede ser doble: contemplar la verdad de lo que fué, y aplicar al quehacer propio lo que la historia de la medicina enseña. Junto a la actividad contemplativa aparece la posibilidad de otra, práctica y poética a la vez. Ahora bien: esa posibilidad, ¿llega a ser actual y efectiva? ¿Tiene para el médico algún sentido «práctico» o «poético», según la acepción aristotélica de estas palabras, el conocimiento histórico de la medicina? Tal es el problema.

§ II. Antes de intentar la resolución de nuestro problema inicial, conviene que el médico distinga con cierta precisión el significado de tres vocablos técnicos: historia, historiología e historiografía.

En sentido recto y general, *historia* es el estudio de los hombres y de las obras humanas desde el punto de vista de

---

[1] Quede no más que aludido el problema de la medida y el modo en que esa verdad de lo que el hombre fué puede ser humanamente conocida («teoría del conocimiento histórico»).

su esencial temporeidad. Mas como la condición tempórea de un ser sólo se hace empírica y efectiva a los ojos del hombre cuando ese ser se convierte en «pasado», *historia* es también —y con ello nos acercamos a la acepción común del término— la total realidad humana (hombres y obras del hombre) que existió y ya no existe, independientemente de si nosotros la conocemos o no[2]. Así, Paracelso, Hipócrates y los desconocidos médicos de Sumer constituyen parte de la «historia» de la medicina. Designamos con el nombre de *historia*, en tercer lugar, la ciencia del pasado, nuestro conocimiento científico de lo que el hombre fué. Por extensión de este tercer sentido suele llamarse «historia» a la investigación histórica, a la obra de incrementar nuestro saber acerca del pasado humano.

Historiología, en cambio, es la teoría de la ciencia histórica, la reflexión sistemática acerca de lo que la historia «es», no sólo en cuanto realidad pasada, mas también como conocimiento científico de esa realidad. La palabra «historiología», ampliamente usada por Letamendi, ha sido repristinada por Ortega para sustituir, con ventaja, la vieja expresión «filosofía de la historia».

La *historiografía*, en fin, es el relato del pasado, y constituye la actividad más específica del historiador. Describiendo la Roma antigua, Mommsen, historiador, hizo historiografía. Reflexionando sobre la contextura de la Historia universal y cavilando sobre la índole propia del conocimiento histórico, Hegel y Rickert fueron «historiólogos».

§ III. Atengámonos ahora al quehacer historiográfico. Aparte la fruición de contemplar la verdad de lo que fué, ¿tiene algún sentido para la existencia del historiador el conocimiento del pasado? ¿Puede tenerlo, para quien no es historiador, la lectura de un relato historiográfico? «La historia

[2] Es cierto que *Las Meninas*, un objeto «histórico», existe actualmente. Pero la «historicidad» no le viene al cuadro de sus trescientos años de existencia real, sino de haber sido creado por un hombre que ya no existe. Se objetará que también *The Cocktail Party* es «ya» objeto histórico, aun cuando su autor, T. S. Eliot, viva todavía. Es verdad. Mas también lo es que *The Cocktail Party* fué creado en virtud de una serie de actos personales y dentro de una situación de su autor que ya no existen, que son «pasado»; y de eso recibe la obra su «historicidad».

—ha escrito Zubiri—ha de tratar de instalar nuestra mente en la situación de los hombres de la época que estudiamos. No para perderse en turbias profundidades, sino para tratar de repetir mentalmente la experiencia de aquella época, para ver los datos acumulados *desde dentro.*» «Un entusiasta ensayo de resurrección» ha llamado Ortega a la faena de escribir historia. El conocimiento de Vesalio—valga este ejemplo—supone, en consecuencia, el logro de dos objetivos: saber con precisión *lo que Vesalio hizo* y adivinar con la verosimilitud máxima *lo que Vesalio quiso hacer* en todo lo que hizo. Sólo así tendremos noticia cierta de *quién fué* Vesalio. Pues bien: ¿qué sentido puede tener para el médico el aprendizaje y la contemplación de «la verdad de Vesalio»? ¿Para qué se escribe y se lee un relato histórico?

El conocimiento del pasado ha sido para el hombre moderno cosas muy distintas. Creo, sin embargo, que las más importantes pueden ser ordenadas bajo tres palabras rectoras: «evasión», «información» e «incitación».

1. A veces ha sido el pasado *término de una evasión.* Cuando el presente es opresor, insatisfactorio o doloroso. algunos hombres tratan de evadirse imaginativamente hacia la parcela del pretérito que juzgan más perfecta. No otra cosa fueron el mundo helénico y los siglos medievales para una parte de los historiadores, poetas y lectores de la Europa romántica; eso fué la antigüedad grecolatina para no pocos humanistas de los siglos XV y XVI. La consigna del humanismo renacentista—*ritornare all'antico*—operó también sobre el espíritu de un gran número de médicos, y en Galeno, un Galeno nueva y más pulcramente traducido, vieron su tierra de promisión casi todos los que en el siglo XVI sentían acedía intelectual leyendo a Avicena y a los escolásticos. El pasado es ahora, en suma, objeto de nostalgia o modelo digno de copia [3].

2. El pretérito es otras veces *fuente de información:* el

[3] Hölderlin era un nostálgico de la antigua Grecia: léase su poema *El Archipiélago.* Los galénicos del siglo XVI fueron copistas de Galeno, en la medida en que lo históricamente remoto puede ser objeto de copia.

hombre vuelve sus ojos al tiempo pasado para aprender lo que en él hicieron sus mayores; y el historiador, «especialista en lo que ya no es», cumple su oficio ofreciendo a los demás los datos informativos que necesitan. Nótese que la intención del quehacer historiográfico es ahora opuesta a la evasión. El historiador nostálgico mira hacia el pasado para no vivir en su presente; el hombre menesteroso de información, en cambio, recuerda lo que fué para enriquecer con ello lo que él va a ser o ya está siendo. Intencionalmente, al menos, el presente es original.

Tres sentidos cabe distinguir en esta concepción informativa del quehacer historiográfico. Uno es «profectivo» (de *profectus*, provecho). En tal caso, el conocimiento histórico es para quien lo posee instrumento al servicio de una acción utilitaria. No importa ahora la verdad de lo que fué, sino su posible eficacia dialéctica. El opositor que cita a Aristóteles o a Virchow sin saber apenas quiénes fueron y el propagandista que maneja fragmentos del pasado para dar vigencia a la tesis que intenta propagar, utilizan el pasado con ánimo crasamente profectivo.

La información tiene otras veces un sentido «prosecutivo» o «progresivo». No se estudia el pasado para repetirlo, sino para descubrir la línea que su curso dibuja y proseguirla mediante acciones nuevas. Así interpretan los secuaces de la historiología progresista—sea dialéctico o biológico su progresismo—el sentido del quehacer historiográfico. Obsérvese cómo suelen ser manejados los datos históricos en los llamados «trabajos de investigación». El autor selecciona las noticias relativas a su problema y, mirándolas desde su particular hipótesis de trabajo, las expone de modo que su pesquisa propia venga a ser un progreso en la línea de lo que ya se conocía. El saber histórico es utilizado como «punto de partida» [4].

[4] Para la gran mayoría de los investigadores, informados casi siempre, sabiéndolo o sin saberlo, por la historiología del positivismo, el saber histórico sólo es valioso cuando se refiere a la época en que el problema ha comenzado a ser «científicamente» planteado (la época «positiva», según el esquema historiológico de Augusto Comte). Todo lo anterior a ese momento sería pura e inútil fábula.

Cabe, en fin, contemplar la historia con intención «pragmática». Lo que aconteció en el pretérito sirve como lección para afrontar los problemas del tiempo en que se existe. Mudarían con el tiempo las circunstancias externas de la vida humana, no la naturaleza del hombre, y por eso el evento de ayer puede ser hoy fuente de enseñanza. Así leyeron a Tucídides y a Tácito los europeos de los siglos XV al XVIII.

Mas no siempre ha sido tan ingenuo el pragmatismo historiográfico. A lo largo del siglo XX—es decir, ulteriormente a la crisis del progresismo a ultranza—parece ir cobrando vigencia cierto pragmatismo *novo sensu* en la consideración científica del pasado. Entre sus varias manifestaciones, he aquí algunas:

a) La teoría de las «visiones del mundo», de Guillermo Dilthey. Se estudia lo que el hombre fué para ordenar modos de ser, obras y acciones según el sistema de las «visiones del mundo» *(Weltanschauungen)* de que es capaz la naturaleza humana. Esos típicos modos de «ver el mundo» son tres, piensa Dilthey: el naturalismo, el idealismo objetivo y el idealismo de la libertad. El pasado enseña ahora lo que el hombre hizo y puede hacer.

b) La doctrina de los «tipos ideales», abstractos y racionales (Max Weber), o concretos y personales (Max Scheler). Para Max Weber, el pasado permite aislar racionalmente ciertos modos típicos en la operación del hombre («tipos» del poder político, de la vida económica, de la actividad intelectual y religiosa). Scheler, en cambio, extrae de la historia los modos cardinales de ser hombre en concreto: el santo, el genio, el héroe, el espíritu conductor, el artista del goce estético. Lo que el hombre ha sido sirve para conocimiento de lo que el hombre puede ser y, por tanto, de lo que es. A este modo del pragmatismo historiográfico pertenece, a su manera, la doctrina de las dos «constantes históricas» (lo clásico y lo barroco), sostenida por Eugenio d'Ors.

c) La visión del pretérito como sistema de los sucesivos modos de ser hombre: la «historia como sistema», según la

bella expresión programática de Ortega y Gasset[5]. El saber histórico sirve ahora para «dar razón» del presente y, en consecuencia, como supuesto de las acciones libres y originales que van edificando el futuro.

d) La concepción del acontecer histórico como una «creación de posibilidades» (Zubiri). El estudio del pasado nos hace ver en cada caso la serie de las posibilidades de acción que con sus operaciones originales han ido creando los hombres. «Ocuparnos de los presocráticos—escribe, por ejemplo, Zubiri—es ocuparnos de nosotros mismos, de nuestras posibilidades de filosofar.» Lo cual equivale a decir que la historia nos permite conocer dos órdenes de posibilidades de acción: las ya utilizadas (lo que el hombre ha sido) y las que, por la razón que fuese, han quedado inéditas (lo que el hombre pudo haber sido y no fué).

3. El pretérito puede ser, en fin, *objeto de incitación*. El conocimiento del pasado es capaz de incitar de algún modo la acción presente. A veces por lo que en el pasado se hizo: incitación «emulativa» o «adversativa». Cuenta Bernal Díaz del Castillo que cuando Hernán Cortés quería levantar el ánimo de sus hombres les decía «muchas comparaciones de hechos heroicos de los romanos». Sabida es, por otro lado, la frase de Psichari: «Vayamos contra nuestros padres en nombre de nuestros abuelos.» Lo que fué es allí motivo de emulación; aquí, estímulo de adversación. Mas no sólo puede incitar el pasado por lo que en él se hizo; también por lo que en él no se hizo pudiendo haberse hecho: es la incitación «completiva». Recuérdese lo dicho acerca de las posibilidades que los hombres de antaño tuvieron ante sí y no supieron, no quisieron o no pudieron utilizar.

El pasado ha sido para el hombre término de evasión, fuente de información u objeto de incitación. ¿Cabe una actitud integradora de todo lo válido en esos varios modos de

---

[5] El vigoroso y penetrante método historiográfico que ha utilizado Martin Heidegger en la Introducción a *Sein und Zeit* («destrucción de la historia», le llama) supone esa visión de la historia como sistema.

considerar el pretérito? ¿Es posible aplicarla, si existe, a la historia de la medicina?

§ IV. A diferencia del resto de los animales, el hombre no puede existir si no es resolviendo problemas. Nuestra existencia terrenal es, hasta en los casos más favorables, una constante dificultad: en ello consisten nuestro honor y nuestra pesadumbre. Quiere esto decir que esa fundamental aporía de la existencia humana—la de existir—puede ser resuelta de modos muy diversos; y, por otra parte, que ninguna de las soluciones logradas llega a ser plenamente satisfactoria: de ahí que la vida humana vaya cambiando en el transcurso del tiempo. Pues bien: *llamamos historia a la sucesión de las respuestas del hombre a su problema fundamental: el de existir humanamente.*

Pero en el inmenso conjunto de tales respuestas al constante problema—lo son, como he dicho, todos los actos personales de cada hombre—cabe distinguir su modo cualitativo y su sucesión. La difícil tarea de existir se le diversifica al hombre en una larga serie de quehaceres parciales, cualitativamente distintos entre sí: quehaceres religiosos, teoréticos, económicos, estéticos, sociales y políticos, de dominio, lúdicos. De ahí que en la magna unidad de la Historia universal quepa y aun convenga distinguir las historias particulares de todos los problemas en que se expande la resolución del que para todos los hombres es primario y radical: el de existir humanamente. La Historia universal no constituye, sin embargo, la suma de esas varias historias particulares, sino la totalidad en que se integran y la unidad de que dimanan.

Las respuestas del hombre son, además, sucesivas, en doble sentido: se suceden en la unidad de cada existencia individual y en el curso de la existencia terrena del género humano. Ambos modos de la sucesión, el individual (biografía) y el genérico (historia), comportan mudanza: ningún hombre resuelve con absoluta identidad un mismo problema si se le presenta varias veces en su vida; ninguno resuelve sus problemas como los demás hombres. De ahí la radical discon-

tinuidad del curso de la historia: *historia non fit nisi per saltus*. Por saltos mínimos, se entiende.

Pero esta incesante y discontinua mudanza histórica de las acciones humanas no es uniforme. Hay lapsos temporales y ámbitos geográficos dentro de los cuales es muy leve la diferencia entre los varios modos de resolver individualmente un mismo menester. El lenguaje, por ejemplo, es la principal respuesta humana al íntimo problema de expresar y comunicar la experiencia personal. Cada hombre lo resuelve a su modo: entre la solución de un griego antiguo y la de un inglés del siglo XIX, la diferencia es bien notoria. Esa diferencia se hace mínima, empero, si los autores de la respuesta son dos atenienses del siglo de Pericles: pese a las necesarias diferencias individuales, el parecido entre sus modos de hablar era enorme.

Este sencillo preámbulo nos basta para establecer algunos conceptos historiológicos fundamentales. El primero, la *situación*. Llamaremos aquí «situación», con Zubiri, al modo como el hombre se halla instalado respecto a su operación personal y a su experiencia propia; y por extensión, pasando de la ontología y la biografía a la historiografía, a cada una de las zonas históricas—esto es, cronológicas y geográficas—en que se hace especialmente notorio el parecido de los hombres en cuanto a su manera de vivir y resolver los problemas de la existencia humana. El «Renacimiento italiano» es, en este sentido, una situación histórica; el «Romanticismo francés», otra.

Teniendo en cuenta lo ya dicho, no es difícil advertir que la «situación» está constituída por el conjunto de posibilidades de que en cada instante dispone el hombre para resolver su problema fundamental: el de existir humanamente. Cada situación histórica brinda a los que en ella existen un repertorio de posibilidades e imposibilidades—y, por supuesto, de facilidades y dificultades—para la ocasional resolución de las cuestiones que les plantea su condición humana. Dos ejemplos: en la segunda mitad del siglo XIX, la situación de Europa

«daba facilidades» para ser naturalista, historiador, dramaturgo, industrial o comerciante, y no las daba para ser teólogo original o metafísico genuino; en la España de 1880 era mucho más fácil ser político o escritor que histólogo, y de ahí una parte del mérito de Cajal.

Así entendida, cada situación, sea individual o historiográfica, tiene un límite, un perímetro que circunscribe el dominio de la experiencia del hombre o los hombres en ella instalados: su *horizonte*. La línea más extrema del «horizonte» se halla trazada entre dos campos: el conjunto de las posibilidades de existencia y acción que ofrece la situación histórica y el ámbito inmenso de lo que en ella es imposible. Por ejemplo, en la situación de Paracelso era posible usar el mercurio e imposible usar o inventar el salvarsán para el tratamiento de la sífilis. No es eso todo. La posibilidad puede ser fácil o difícil; y así, junto a la línea entre lo posible y lo imposible hay, hacia dentro de la situación, la franja de la dificultad y el área central de la facilidad. A Paracelso no le era imposible inventar la auscultación mediata; pero su situación histórica y su personal instalación en ella hacíanle muy difícil la ocurrencia de arrollar un papel y escuchar los sonidos del pecho. Para Laënnec, en cambio, esa invención fué empresa relativamente fácil.

El horizonte de cada situación se constituye, dice Zubiri, en virtud de aquello que da principio y apoyo a la situación misma: su *fundamento*. Creo que ese «fundamento» se halla siempre integrado por los elementos principales: las «creencias» y las «intuiciones primarias de la realidad». Con Ortega, llamo «creencias» a todo aquello «en que se está»; es decir, a lo que cada uno siente o piensa—más o menos consciente y articuladamente—que da último apoyo a su existencia personal. Pero las creencias no agotan el fundamento de una situación histórica. Instalado en ellas, el hombre se enfrenta con la realidad según ciertos modos radicales de aprehenderla; y por la vía que determina el resultado de tales «intuiciones primarias» elabora ulteriormente su vida entera. Por ejem-

plo, la existencia de un progreso indefinido fué una de las creencias históricas vigentes en el siglo XIX; casi todos los hombres de entonces vivían instalados en ella. Pero a ese fundamento de la existencia humana puede pertenecer tanto una intuición más «sensorial» como una intuición más «racional» de la realidad. En el primer caso, el hombre edifica su vida hacia el futuro según lo que sus sentidos le ofrecen; en el segundo, según lo que sus ideas le dicen. El progresismo empirista de los ingleses y el progresismo idealista de los alemanes del siglo XIX son expresión concreta del resultado a que han llegado, operando sobre una misma creencia histórica, dos distintas intuiciones básicas de la realidad [6].

El horizonte de cada situación circunscribe la experiencia humana edificada sobre el fundamento en que ella se apoya y de que ella emerge. Pues bien: llamaremos *contenido* de una situación histórica a toda esa varia experiencia humana que la compone, a toda la multiforme vida real y efectiva que dentro de ella hicieron los hombres. El concepto matemático de infinitésimo, que pertenece, desde Leibniz y Newton, al contenido de la situación histórica de los hombres europeos y europeizados, se hallaba fuera del horizonte del griego antiguo. La creyente visión de la realidad como *creatio ex nihilo* de un Dios personal es el fundamento de la compleja situación histórica que llamamos «Edad Media cristiana» y el principio que determina el horizonte intelectual del hombre del Medioevo. Los ejemplos podrían multiplicarse fácilmente.

El término «situación» es, pues, analógico: se aplica a la vez a la particular instalación de cada hombre respecto a su propia experiencia (conceptos ontológico y biográfico de la situación) y a la de muchos hombres cuando por el modo de sus respuestas se parecen suficientemente entre sí (concepto historiográfico). Adviértese con facilidad que este paso del orden individual al historiográfico no puede ser cumplido sin

[6] Hablo aquí de las creencias «históricas». Muchos hombres—no sólo los cristianos—admiten la validez de creencias rigurosamente «sobrehistóricas», aunque por necesidad haya de ser histórico el modo de su expresión en la vida humana.

que la significación del término «situación» se haga compleja y borrosa. Por esencia, toda situación histórica es, hacia afuera, indefinida, y heterogénea hacia adentro. Consideremos una, aparentemente bien definida: el Renacimiento italiano. ¿Cuándo empieza el Renacimiento italiano? ¿Cuándo acaba? ¿Cuáles son sus confines geográficos? No hay duda: el contorno de esa situación—y el de todas—es necesariamente indefinido. Pensemos ahora en la interna contextura del Renacimiento italiano. Hay en ella respuestas objetivas a problemas religiosos, estéticos, intelectuales, económicos, políticos. Aun suponiendo que hayamos logrado atribuir un preciso fundamento a la situación histórica así llamada, ¿serán unívoca y homogéneamente referibles a ese fundamento todas las obras que los italianos crearon durante la segunda mitad del siglo XV? ¿No podrá ocurrir que hallemos una de esas obras demasiado «medieval» para llamarla «renacentista»? ¿Y no acontecerá, por otra parte, que durante un mismo lapso temporal sea «ya» renacentista, por ejemplo, el sentimiento estético de la naturaleza y «todavía» medieval la visión científica y especulativa de los seres naturales? Indudablemente, la estructura de toda situación historiográfica es, por necesidad, heterogénea, además de ser indefinida.

Pese a estas reservas, la noción de «situación historiográfica» resulta ineludible si se quiere poner orden descriptivo en la inmensa complejidad de la Historia universal. No es ése, sin embargo, el único recurso intelectual para describir ordenadamente el acontecer histórico. He aquí el conjunto de los que yo estimo principales:

1. El *contenido* de la respuesta del hombre; o, si se quiere, la índole del quehacer cumplido. Seis son, creo, los contenidos cardinales del quehacer humano: la religión, el saber (filosofía, ciencia), el arte, el dominio técnico de la realidad, el ejercicio de la convivencia (vida política y social, economía, vida sexual) y el juego. El quehacer médico es a la vez científico, técnico y social.

2. La *peculiaridad nacional*, en cuya virtud los hombres

se diversifican en «pueblos» o «naciones». Trátase de modos de vivir—«vividuras», según el expresivo neologismo de A. Castro—creadores de posibilidades de existencia susceptibles de copia, o modificadores de las ya inventadas, cuando desde ellos se las imita o asume. El modo «italiano» de vivir contribuyó en buena parte a la génesis de la situación histórica llamada «Renacimiento»; y la peculiaridad «inglesa» de existir europeamente modificó alguno de los hábitos renacentistas inventados en Italia, para hacer de ellos un «Renacimiento inglés».

3. La *situación histórica* general en que la acción humana es cumplida: siglo de Pericles, Renacimiento, Ilustratración, Romanticismo. Cada «situación» lo es de un determinado «mundo histórico» (mundo helénico, mundo medieval de Occidente, mundo islámico, mundo moderno) y tiene, como el mundo a que pertenece, un «fundamento», un «horizonte» y un «contenido». A veces es posible y cómodo ordenar el curso histórico de una situación por «generaciones» más o menos regularmente delimitables entre sí, en cuanto a su cronología; otras, en cambio, será necesario considerar la situación como un sucesivo conjunto de «biografías» o de «acciones creadoras».

4. La *condición social* del hombre o los hombres autores de la obra histórica estudiada. La «clase» (aristocracia, burguesía, proletariado), el «ámbito de agrupación» (ciudad, aldea) y la «institución social» (Universidad, Ejército, vida franca) a que pertenece un individuo, codeterminan eficazmente el modo de su operación histórica.

5. La *creencia religiosa* profesada. No fueron de igual modo «románticos», por ejemplo, el católico, el protestante, el deísta y el panteísta, ni de igual modo «helénicos» el considerador euhemerista de la religión griega y el ingenuo adepto a los misterios de Eleusis.

6. El *tipo biológico* del hombre que responde al problema. La raza y el sexo influyen visiblemente sobre la figura de las acciones históricas; y después de los trabajos de

Kretschmer no puede negarse la importancia del temperamento y el biotipo en la cualificación de las obras humanas.

7. El *estado vital* del hombre en el momento de ejecutar las acciones o realizar las obras que le convierten en agonista del acontecer histórico. La edad, la salud, la enfermedad y el estado sentimental de quienes dieron existencia a cada parcela de la historia deben ser tenidos en cuenta por el historiador que aspire a comprenderla.

8. La peculiar *genialidad personal* del creador de la obra histórica. A través de ella echa la historia sus raíces en la libre intimidad de cada una de las personas que han existido. Poco importa que esa condición genial sea ingente o mínima, esplendente de originalidad o velada por la epigonía. Grande o minúscula, egregia o gregaria, sin ella no habría historia humana.

Resumamos lo expuesto mediante un solo ejemplo. Vesalio, un hombre de genialidad visual, manual, emulativa y escasamente creadora; germánico de raza, pícnico de figura, joven de edad y belga de nacimiento; renacentista al modo italiano por educación y gusto; universitario y áulico en cuanto a su condición social; católico de religión; médico por oficio; y anatomista, en fin, por vocación incontenible, quiso hacer e hizo en los decenios cuarto y quinto del siglo XVI la anatomía correspondiente a todos esos motivos y presupuestos. Viceversa: Vesalio, detrás de o junto a Leonardo, Mantegna, Bramante, Botticelli, Pico della Mirandola, Telesio y tantos más, semejantes a ellos, colabora con sus obras personales en la empresa de crear y sostener la situación histórica que llamamos «Renacimiento italiano».

§ V. Vengamos ahora a nuestro tema particular, la historia de la medicina. La medicina constituye la solución dada por el hombre a uno de sus constantes problemas: el de ayudar técnicamente a la curación del semejante enfermo. Llamémosle, para abreviar, el «problema médico» de la humanidad. Pues bien: *entendemos por historia de la medicina la sucesión de las varias acciones intelectuales y técnicas inventadas*

por los hombres para ir resolviendo su problema médico. Mostrar idóneamente tal sucesión es la tarea del historiador de la medicina. Para cumplirla debe ordenar las innumerables respuestas individuales en «unidades descriptivas» más o menos precisamente definidas: Escuela de Salerno, Anatomía del Renacimiento, Primera Escuela Vienesa; las cuales, en virtud de la esencial conexión que existe entre todas las actividades del hombre, corresponden con exactitud mayor o menor a las diversas «situaciones históricas» del universal acontecer: siglo de Pericles, Alta Edad Media, Renacimiento italiano e Ilustración austríaca, en el caso de las «unidades descriptivas» ahora mencionadas.

Retengamos lo esencial. Cada una de las «unidades descriptivas» con que el historiador ordena la historia universal de la medicina constituye un modo típico de resolver el problema de la ayuda técnica al enfermo; o, si se quiere, un peculiar punto de vista para encarar teorética y técnicamente tal resolución. Y como el problema médico es sustancialmente el mismo desde la Prehistoria hasta hoy, la historia de la medicina puede ser considerada como una constante y sucesiva progresión en torno a la tarea de ayudar a la curación del hombre enfermo; progresión en la cual es posible distinguir varias situaciones típicas, definidas a la vez por el punto de vista en que el médico se sitúa y por las acciones intelectuales y técnicas que el médico ejecuta para resolver el constante menester.

Dos cuestiones aparecen ahora ante nuestros ojos: una concerniente a la verdadera realidad de las diversas «unidades descriptivas»; tocante la otra a la relación de cada una con las restantes.

Lo anteriormente expuesto permite advertir que las unidades descriptivas son a la vez reales y convencionales. Reales, porque real es el parecido entre las respuestas individuales y singulares que las constituyen. Convencionales, porque su contorno es necesariamente indefinido. Vesalio y Falopio se parecen realmente entre sí: los dos son anatomistas del Re-

nacimiento. Pero los límites históricos de la unidad descriptiva que llamamos «Anatomía del Renacimiento», ¿no son, en rigor, un tanto arbitrarios? ¿Dónde y cuándo empieza, dónde y cuándo acaba la «Anatomía del Renacimiento»? Esto no obstante, tal unidad descriptiva es historiográficamente ineludible. Ante ella, el historiador de la medicina describirá el fundamento de su peculiar entidad, tratará de mostrar las conexiones que la enlazan con la situación histórica a que pertenece—el Renacimiento italiano—y hará patente cómo se relaciona con las «unidades descriptivas» históricamente contiguas.

La relación de cada unidad descriptiva con las inmediatas a ella puede revestir formas muy diversas. Sigamos con el ejemplo de la Anatomía del Renacimiento. Hállase entre la anatomía funcional y simbólica de la Edad Media (Mondino de Luzzi, Bertuccio) y la anatomía dinámica del Barroco (Harvey, Stensen). ¿Cómo se relacionan entre sí esas tres situaciones del saber anatómico? ¿Cuál es el sentido de la serie que forman?

Es sabida la respuesta del progresismo. Mientras no se rompa la continuidad del curso histórico—afirma la historiología progresista—toda situación es cualitativamente superior a cuantas la precedieron y lleva dentro de sí, asumido en superior unidad, todo lo valioso que en la estructura de aquélla hubiera. La historia tendría «por naturaleza» un sentido perfectivo. Pero, pese al optimismo progresista, el hombre es en todo momento capaz de error, de olvido y de mutación súbita e insospechable. De ahí que la diferencia entre cada unidad descriptiva y las inmediatamente contiguas pueda adoptar, según los dos más importantes puntos de vista—el formal y el axiológico o estimativo—, los siguientes modos:

a) Desde el punto de vista formal, cada unidad descriptiva puede ser: 1.° El resultado de proseguir la actitud espiritual subyacente a otra unidad anterior. La *Neue Wiener Schule*, con Skoda y Rokitansky a su cabeza, prosigue, por ejemplo, la actitud nosológica de la medicina sensualista fran-

cesa (Corvisart, Bayle, Laënnec). 2.° La consecuencia de oponerse a ella: una parte de la obra de Virchow resulta de su actitud adversativa frente a Rokitansky. 3.° La expresión de un cambio cualitativo y súbito en la situación frente al problema de que se trata: así, verbigracia, la biología de Driesch, neovitalista, respecto a la biología mecanicista de su maestro Haeckel.

Esos tres modos de la continuidad histórica no son, en último extremo, sino expresiones particulares de los cuatro tipos formales a que puede reducirse la ingente variedad de aspectos ofrecida por el curso real de la historia: la *crisis*, la *continuidad progresiva*, la *continuidad regresiva* y la *mutación súbita*. La transición histórica es llamada «crisis» cuando el cambio es la consecuencia de un quebrantamiento de las creencias sustentadoras de una situación o, *a fortiori*, de un mundo histórico (Ortega); así, el tránsito de la Edad Media al Renacimiento. Hay «continuidad progresiva» cuando, sin salir de la misma creencia histórica, van logrando los hombres incrementar el número o la calidad de las posibilidades inmediatas que ella les ofrece para la resolución de un determinado problema vital; y «continuidad regresiva» cuando disminuye ese número o esa calidad. Platón y Aristóteles continúan progresivamente la obra de Parménides y Heráclito; la medicina dogmática griega es una continuación regresiva del hipocratismo. Podemos, en fin, llamar «mutación súbita» al acto de pasar de modo no crítico desde una creencia histórica a otra. En el curso de la existencia individual solemos designar a ese proceso con el nombre de «conversión». Pues bien: algunos cambios históricos no son sino la consecuencia de una serie más o menos extensa y prolongada de tales «conversiones». Piénsese, por ejemplo, en la rápida propagación del islamismo durante el siglo VIII.

b) Desde el punto de vista de su valor, las unidades descriptivas pueden constituir relativamente a las que de modo inmediato las preceden: 1.° Un progreso positivo; esto es, una novedad en cuya virtud sea mejor resuelto el problema de

que se trata. El hallazgo del estetoscopio hizo progresar objetivamente el diagnóstico físico de las enfermedades del tórax; la invención del salvarsán mejoró el tratamiento de la sífilis. 2.° Un descarrío; es decir, una novedad errónea o nociva en orden a la recta solución del problema. Respecto a la medicina de Laënnec, la medicina de Broussais fué—a reserva de señalar sus tenues matices favorables—un evidente descarrío. 3.° Un angostamiento, por olvido o preterición de algo que antes se supo. La medicina posthipocrática olvidó, valga este ejemplo, los conatos de auscultación del tórax contenidos en el escrito *de morbis*.

En resumen: en cada una de las situaciones históricas el médico cultiva, ampliándolas, las posibilidades de acción que le brinda la situación histórica anterior; o crea otras nuevas; o malogra alguna de las que le ofreció su pasado inmediato; o reconquista, en fin, alguna de las que parecían perdidas.

Así entendida, ¿qué sentido puede tener la historia de la medicina respecto al estudio de la medicina misma? ¿Puede ser formativo para el médico el conocimiento histórico de su saber?

§ VI. Dos son, a mi juicio, los términos de la respuesta, y conviene examinarlos por separado:

1.° La historia de la medicina nos muestra la razón histórica de aquello que como médicos sabemos. La actualidad de nuestro saber científico se halla integrada por la perduración de ciertos saberes pretéritos—más o menos modificados respecto a lo que fueron en su estado originario—y por la novedad de los conseguidos durante el lapso que con cierta vaguedad llamamos «nuestro tiempo». Pues bien: la historia de la medicina nos ilustra:

a) Acerca de la significación histórica que por el hecho de haber sido logrados en tal época, en tal lugar y por tal persona tienen los saberes pretéritos permanentes en el nuestro. El médico actual ausculta casi igual que Laënnec, inventor de la auscultación mediata. ¿Tiene algún sentido para el médico la historia de la auscultación? Evidentemente, no le en-

seña a auscultar, pero le hace ver cómo en un mundo intelectual configurado por el sensualismo condillaquiano pudo ser inventada la auscultación y elaborada la primera experiencia que con ella se adquirió; y, por tanto, le plantea *in modo obliquo* el problema de cómo la práctica y la teoría de ese método exploratorio perduran en nuestro mundo, tan distinto espiritualmente del que presidió la invención del estetoscopio.

b) Acerca de la significación histórica que poseen los saberes adquiridos en «nuestro tiempo» y las elaboraciones actuales de los saberes pretéritos cuya vigencia perdura. Hoy, por ejemplo, se practica y estudia la que llaman «medicina psicosomática». Lo que técnicamente sea ese modo de entender la medicina se aprenderá leyendo cuanto acerca de él se escribe y viendo cómo se le ejercita. Pero nuestra intelección de la «medicina psicosomática» será mucho más acabada, sutil y fecunda si logramos una idea certera de lo que tal medicina «significa» por el hecho de pertenecer a la actual situación histórica.

c) Acerca de las vicisitudes que con el transcurso del tiempo ha ido sufriendo la realidad por nosotros estudiada. No me refiero ahora a nuestro ocasional saber—técnico o teorético—sobre la realidad, sino a la realidad misma. En efecto, las enfermedades no han sido siempre las mismas: unas han aparecido por vez primera en un momento histórico determinado; otras han dejado de existir; otras, en fin, muestran un aspecto clínico históricamente variable. Es, por tanto, indudable que el conocimiento del origen histórico de una enfermedad y la noticia de sus mudanzas ayudarán a entenderla más acabadamente.

2.° Propongámonos ahora el caso del médico que, además de aspirar a «dar razón» de la medicina que sabe, pretende perfeccionar eso que sabe mediante una investigación personal. ¿Qué significación puede tener la historia de la medicina para quien así entiende su condición de médico?

¿Sólo, acaso, la de auxiliarle a mejor comprender los saberes de su tiempo?

Una formación histórica suficiente y adecuada puede ayudar al médico en la tarea de crear o descubrir saberes inéditos: *la historia de la medicina contribuye tanto a dar razón de lo que se sabe como a conquistar algo de lo que no se sabe.* De varios modos puede hacerlo:

a) Incrementando nuestro saber con noticias que antes de existir nosotros habían sido olvidadas. Ibn-an-Nafis descubrió la circulación menor en el siglo XIII. Si alguien hubiese emprendido en el siglo XV una lectura minuciosa de los manuscritos árabes de El Cairo, su curiosidad le habría puesto en camino de «redescubrir» una noción biológica de primer orden. Confesemos, no obstante, que en nuestro tiempo son poco probables los hallazgos de esta índole.

b) Incitando nuestra investigación con la noticia de algo que en otro tiempo se supo, aunque fuese de modo torcido o defectuoso. Bayle, que fué el primero en practicar la auscultación inmediata, según el testimonio de Laënnec, debió de ser inducido a ello leyendo lo que en el escrito hipocrático *de morbis* se dice sobre el diagnóstico diferencial entre el hidrotórax y los derrames pleurales purulentos.

c) Mostrando modos de la realidad, inexistentes ya, que fueron más o menos semejantes al que se trata de conocer. Es evidente, por ejemplo, que las noticias históricas acerca de las epidemias de «sudor inglés» durante los siglos XV y XVI no pueden ser indiferentes al epidemiólogo actual deseoso de saber y de originalidad.

d) Poniendo ante los ojos del investigador el sistema de las actitudes ensayadas frente al tema a que consagra su esfuerzo. La mente de un patólogo capaz de originalidad se enriquecerá conociendo el pensamiento de los grandes creadores de la patología: Hipócrates, Galeno, Paracelso, Sydenham, Boerhaave, Virchow. La inteligencia del fisiólogo ganará anchura y profundidad penetrando en el mundo intelectual de Aristóteles y Galeno, Paracelso y Van Helmont, Harvey y

Haller, Johannes Müller y Claudio Bernard. Verdad es—y cárguese el tanto de culpa sobre los historiadores de la medicina—que tales exposiciones faltan en la inmensa mayoría de los casos.

Podemos, pues, concluir que la historia de la medicina es capaz de contribuir a la formación del médico por cuatro razones principales: le enseña las múltiples posibilidades inventadas para conocer científicamente al hombre enfermo y ayudarle a su curación; le permite descubrir las limitaciones del pretérito, bien por lo que en él no se hizo, bien por la deficiencia de sus médicos en el uso de los recursos diagnósticos y terapéuticos que por tradición habían recibido; le hace poseer la razón histórica de todo lo que el horizonte de su propia experiencia contiene; le incita, en fin, a mejorar y enriquecer el acervo de las posibilidades que ofrece la situación en que él mismo ha sido formado y existe.

Pedro Laín Entralgo
Rector de la Universidad de Madrid
Lista, 11
MADRID